

65-4
4

LA LEGISLACION PENAL DE ESPAÑA,
DURANTE LA DOMINACION WISIGODA.

DISCURSO

LEIDO

EN EL ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,

POR

DON JOSÉ MARIA GAGO,

ABOGADO DEL I. COLEGIO DE MADRID.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



MADRID:

IMPRESA A CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL.

Valverde, 6, bajo.

1854.

12297571

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
— GRANADA —

Sala	C
Estante	40
Número	57(8)



LA LEGISLACION PENAL DE ESPAÑA,

MANUEL GARCÍA GONZÁLEZ

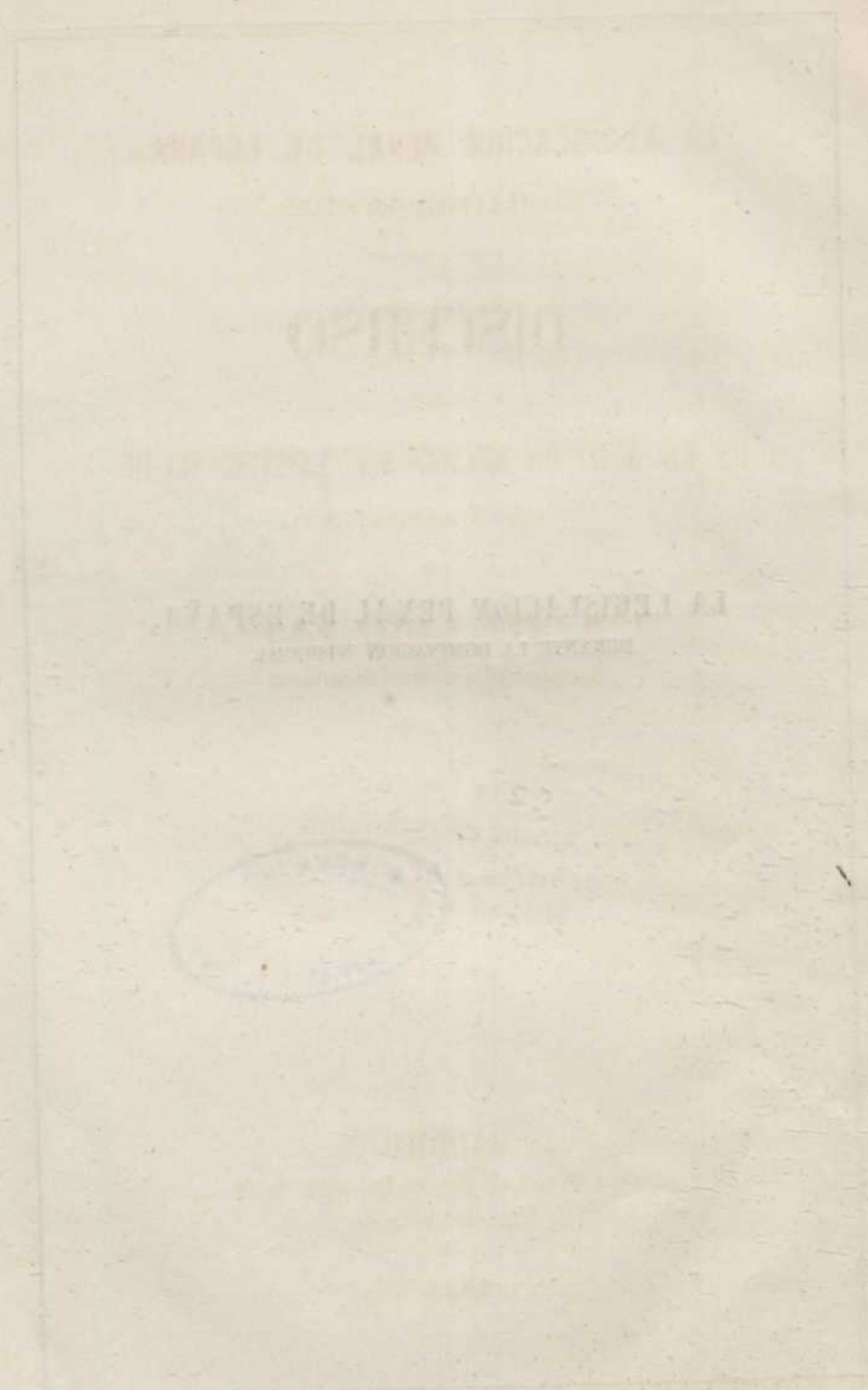
DISCURSO

EN EL ACTO DE RECEPCION LA UNIVERSIDAD DE

SEVILLA EN 1904

LA LEGISLACION PENAL DE ESPAÑA,
DURANTE LA DOMINACION VISIGODA.





R. 22219

LA LEGISLACION PENAL DE ESPAÑA,

DURANTE LA DOMINACION VISIGODA.

DISCURSO

LEIDO

EN EL ACTO DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA,

POR

DON JOSÉ MARIA GAGO,

ABOGADO DEL I. COLEGIO DE MADRID.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAM.



MADRID:

IMPRENTA Á CARGO DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL.
Valverde, 6, bajo.

1854.

LA LEGISLACION PENAL DE ESPAÑA

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DISCURSO

EN EL ACTO DE RECEPCION LA INVESTIDURA DE

DOCTOR EN LEGISLACION

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

DEBATE LA DIGNIDAD DE LA

DOCTOR JOSE MARIA GAGO

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

Excmo. é Illmo. Sr.:

Las águilas romanas, que, en su rápido y atrevido vuelo, alcanzaron la conquista de todos los pueblos conocidos, se posaron tambien en nuestra patria, añadiendo un nombre mas al largo y brillante catálogo de sus victorias. El triunfo, sin embargo, fue sangriento: aun latén de entusiasmo nuestros corazones oyendo resonar el nombre de Numancia y de Sagunto, vivos testimonios del valor de los moradores de España durante aquellos heróicos tiempos. Sojuzgada la Península por las armas, pasó una tranquila existencia bajo la dominacion romana: la política particular de los vencedores hacia mas llevadero su yugo á las provincias conquistadas, y las ciencias, las artes y la agricultura florecian bajo el mando de los enviados de Roma. Pero no duró mucho tan feliz estado. El escesivo lujo del imperio; la enervacion de las legiones, faltas de gloria que ambicionar; la perjudicial



independencia de los municipios, y, sobre todo, el cristianismo, que se alzaba majestuoso y triunfante, contribuian, con otras muchas causas combinadas, á acelerar la ruina de la señora del mundo; cuando un acontecimiento extraordinario, y que asombra por sus colosales efectos á cuantos detengan su juicio al estudiarlo, tuvo lugar en medio de aquellas críticas circunstancias: hablo de la invasion de las tribus bárbaras del Norte. Los Vándalos, los Suevos, los Francos, los Hérulos, los Godos, los Alanos y otra multitud de razas abandonaron sus paises, y, asolando las capitales que encontraban á su paso, llegaron á amenazar á la misma ciudad eterna.

No se libró nuestra patria de ser ocupada por tan temibles extranjeros. A la entrada del siglo v de la era cristiana, varias naciones bárbaras, compitiendo con los naturales y entre sí, hicieron de España teatro de sus lides para poseerla. Estaba reservado á Walia, feliz imitador de la política de Ataulfo, sujetar á la dominacion de Roma las tribus que ocupaban la Península: los Vándalos, los Alanos son completamente derrotados, y los mismos Suevos imploran la paz y prometen entregarse. Desde entonces los Godos comienzan á disfrutar, bajo el reinado de Teodoredo, la quietud y tranquilidad que no habian conocido. El pueblo constituye una verdadera nacionalidad que, salvando muy luego la civilizacion amenazada por los Hunos, llegó á redondear su territorio cuando Eurico era investido con la majestad real.

La legislación penal de este gran pueblo va á ser, Excmo. Sr., materia de mi discurso. Separados por cerca de doce siglos de aquella época, ¿será acaso inoportuno discurrir hoy sobre tan antiguas instituciones? Al contrario: fundadas la mayor parte de las vigentes en tradiciones gloriosas, hemos de atravesar no pocas veces los siglos para encontrar el origen de ciertos hechos que estrañan, aisladamente estudiados.

La nacion Goda, oculta en sus originarias regiones, no podia contar con leyes ni organizacion bastante, carácter esclusivo de los pueblos que comienzan la carrera civilizadora. Constituidos en Germania en grandes tribus guerreras, pocas habian de ser sus necesidades bajo el aspecto de su vida social y sus importantes ramificaciones. Pero aunque careciesen necesariamente de semejantes ideas, la legislación penal no podia serles desconocida. No era, por cierto, una teoría científica la que contaban en tan importante asunto; sin leyes escritas, poseyendo únicamente costumbres, el hecho penal se habia dejado sentir, como se deja sentir siempre que haya hombres con vida, con honor y con algo que poseer: el instinto habia llenado esa necesidad; la costumbre la erigió bien pronto en ley.

Las juntas ó asambleas generales celebradas de tiempo en tiempo eran el supremo poder del Estado. Ante ellas se llevaban las acusaciones de grandes crímenes, que juzgaba y sentenciaba brevemente. La muerte era la pena ordi-



naria que se les aplicaba, pero variando su ejecucion, segun la clase de delitos. Colgados de un árbol morian los traidores y desertores, para hacer mas ejemplar su castigo: ahogados en un pantano los cobardes, los viciosos y los que infamaban su cuerpo; semejantes individuos no merecian dar al público el espectáculo de su suplicio.

Entre aquellas tribus bárbaras existian asimismo delitos de menor importancia que los juzgados por las asambleas generales: tales eran los cometidos contra los particulares. El derecho de la venganza privada, peculiar á todos los Germanos, no faltó tampoco á los Godos. El que inferia á otro una ofensa, quedaba desde luego sujeto á la enemistad sangrienta del ofendido y su familia. El uso introdujo tambien posteriormente las *composiciones*; es decir, que en lugar de penas corporales podia el ofensor pagar cierta multa al ofendido, realizable en caballos, ganados, etc. En esta multa tenia tambien su parte el rey.

Las costumbres que hasta aqui he delineado debieron, si no perderse, confundirse y desorganizarse en aquel grande acontecimiento que la historia registra en sus mas interesantes anales; la invasion. Cayendo todas las hordas incultas sobre la Europa, sus guerreros debieron olvidar sus hábitos enmedio de aquel cataclismo social. Las violencias se reprimian con violencias; en el poder material estaban los tribunales representados; en el puñal ó la espada se hallaba comprendida la ley.

Por fortuna para la humanidad, un estado tan incierto debia ser un meteoro, y el reposo, situacion normal de las sociedades, tenia que suceder á la agitacion asoladora: así aconteció, en efecto, y las huestes que de tan apartados climas procedian, empezaron á echar los cimientos de nuevos pueblos, orígenes de las mas grandes potencias modernas.

Los Godos que invadieron España atemperaron sus costumbres al suave y civilizador contacto de los vencidos. Por otra parte, fijamente asentados en aquel vasto territorio, no tardaron en sentir necesidades, hijas de su nueva vida y de su mas blanda posicion. ¿Cómo en tan apacible existencia no habian de pensar en una ley que les rigiese? Alzábase, no obstante, una barrera insuperable entre la raza puramente Goda, vencedora, y la raza Hispano-Romana, conquistada: la religion distinta de ambos pueblos. Por temor de que las dos nacionalidades se enlazasen, los matrimonios entre Godos y Españoles estaban severamente prohibidos; sus leyes primitivas eran tambien distintas, y de aquí nació fuerte y robusto el derecho personal ó de castas, que solo pudo quebrantar el catolicismo.

La estirpe gótica tuvo, pues, un Código particular, compilation de sus costumbres, y, aunque de él ningun fragmento se conserva, es indudable fue una recopilacion de usos antiguos, modificados por lo que las recientes circunstancias exigian.

A la solicitud de Alarico debió la parte romana de que

constaba la nacion un Código de sus leyes. Su base la formó el derecho romano, y siguió rigiendo mucho tiempo en union del Código de Eurico, hasta la aparicion del Fuero-Juzgo.

La conversion de Recaredo al catolicismo fue el lazo que unió á los dos pueblos habitantes de la España. Cuando ambos se contaron bajo la misma comunión, no tardó en desaparecer el obstáculo que les habia hasta entonces separado. La obra de fusion que comenzó con tan buen éxito Recaredo se continuó por Chindasvinto y Recesvinto, que, sobre las ruinas del Código de Eurico y del Breviario de Aniano, edificaron para todos los súbditos el gran libro del Fuero-Juzgo, tal como le conocemos al presente.

Traslimitaria mi propósito, si tratase de fijar acertadamente los autores y época de la publicacion del Fuero-Juzgo; debo en mi discurso considerarle ya constituido, y examinar la legislacion criminal en él inserta, objeto primordial de este trabajo.

Buscar en un Código como el visigodo las ideas y principios fundamentales de la ley penal, seria obra inútil é infecunda. La ciencia del derecho penal, elevada hoy á la posible perfeccion, no ha nacido hasta fines del siglo XVIII. Las generaciones anteriores la habian descuidado por completo; y si Grecia y Roma, emporio aquella de la filosofía, y de la jurisprudencia esta, no contaron un solo hombre que se dedicase á sentar las bases de la aplicacion de la justicia social, ¿cómo ha de exigirse tal adelanto de un pueblo naciendo.

te, que aun conservaba las tradiciones de sus bosques? Mas bajo cualquier aspecto que se la mire, la legislacion de los Wisigodos les eleva muchos grados sobre todos sus contemporáneos. La influencia del clero, el mas ilustrado de su época, se deja sentir en sus leyes, y á ella debe atribuirse sin duda la identidad entre el pecado y el delito, y la consideracion de penas civiles, las que no deben salirse nunca de una esfera puramente religiosa; tal es, por ejemplo, la excomunion.

Pero lo que caracteriza de una manera singular el sistema penal de los Godos, y le distingue del de los demás pueblos bárbaros, es la pretension de apreciar la moralidad del acto, y de castigar la intencion mas bien que la lesion material. Esfuérase tambien el Fuero-Juzgo en establecer una graduacion de penas, no tanto ya en consideracion al rango del ofendido, como en atencion al grado de perversidad del hecho. Si no siempre consigue realizar tan bellas ideas, es por lo menos un mérito haberlas tenido por objeto. La teoria legal debe siempre admirarse, aun cuando no se halle en armonia con la práctica.

El exámen del Fuero-Juzgo, en cuanto á mi designio compete, vendrá á demostrar la exactitud de mis anteriores reflexiones. Desde luego se echa de ver la gran estension que dá este Código á la materia penal. Casi todas sus prescripciones van sancionadas con algun castigo, como si se temiera que la persuasion y el convencimiento no obrasen de un modo bastante eficaz en el ánimo de los gobernados. No hay

libro, de los doce en que el Fuero-Juzgo se divide, que no mencione y pene algun delito; y, en la imposibilidad de recorrer todos ellos paso á paso, trataré de ordenar sus disposiciones, agrupando las que se dediquen á hechos de análoga naturaleza.

Un pueblo que habia logrado constituirse en nacion, debia proveer á su seguridad evitando los crímenes contra la patria ó el monarca cometidos. La muerte era la pena con que todos se reprimian; y si por ventura la piedad del Príncipe les perdonaba á los culpables la vida, tenia que permitir por lo menos que les arrancasen los ojos. Los bienes de los reos eran entregados al Rey, y las donaciones ó ventas hechas con fraude por los traidores antes de su delito, se declaraban nulas y sin efecto. A fin de no quitar á esta parte de la pena toda su importancia moral, la ley llevaba la rigidez á tal punto, que si el monarca concedia la vida al reo, y quisiere hacerle alguna donacion, no podia ser de bienes de este, sino de otros cualesquiera que fuere su voluntad.

Las falsedades de que trata el libro VII eran de varias especies, y diversamente penadas. A los falsificadores de documentos reales, y de sus sellos y escritos, se les confiscaba la mitad de sus bienes, si eran de elevado rango; y si hombre vil, perdía la mano con que cometió su delito. Si los documentos eran privados, la confiscacion se reducía á la cuarta parte; además se distinguía cuidadosamente si el documento era ajeno, hurtado ó roto, y si el culpable era siervo propio

ó no: en todos estos casos, la pena accesoria eran los azotes. Estendíase la cualidad de falsario á los que escribian ó alegaban las leyes del Rey falsamente; pero á mas de ser castigados los que lo hicieren con doscientos azotes y pérdida del pulgar de la mano derecha, tratábase en la ley de reprimir tales excesos, y, al efecto, prevenia que nadie pudiera escribir las leyes, si no fuere escribano comunal del pueblo ó del Rey, ó persona espresamente encargada. La falsificación de la moneda es objeto del último título de este libro. Puede arrancarse contra esta especie de falsario confesion al esclavo, aunque sea su señor el acusado. Prémíase la delacion de este delito, y, lo que es muy notable por cierto, no se impone en ninguno de estos casos la pena capital, que en Códigos y épocas muy recientes se prodigaba con escándalo. Por una ley que no se halla en el Fuero-Juzgo latino, se mandaba dar cien azotes á los perjurios: su testimonio no valia nunca en juicio, y, ademas de ser infamados, perdian la cuarta parte de sus bienes en favor de aquel que lastimaron con su perjurio. Los testigos falsos eran horriblemente castigados: pagaban todo el daño que causasen, no podian serlo en adelante, sufrían cien azotes y decalvación.

Asunto del libro III del Código Wisigodo es la constitucion de la familia, y en él tienen necesariamente cabida los atentados cometidos contra su honor y su reposo. La rigidez de las costumbres godas se refleja en las disposiciones de

este libro. La pena capital, reservada á los crímenes mas notables, se impone á la mujer libre que se entrega á su propio esclavo: para las que se casaban con siervos ajenos, aunque fueran del Rey, los azotes eran la pena designada. Minuciosa y distintamente se consagran las doce leyes del título III de este libro á definir y castigar el rapto. Si el raptor no abusa de la robada, pierde la mitad de sus bienes, y si abusa, todos ellos para la robada y su padre, y sufre doscientos azotes, haciéndose además siervo de los ofendidos: la doncella robada no puede casarse con su raptor, y si lo hiciesen, deben ambos morir. La dureza de los castigos aumentaba gradualmente si se trataba de siervos, llegando hasta la decalvacion y la muerte.

Los vestigios de la legislacion romana desaparecen del Código que voy examinando cuando se trata de los delitos contra la honestidad. Inflexibles las costumbres godas en esta materia, imponen severísimas penas á los que se hacen culpables con sus vicios. No hallando espiacion suficiente del adulterio, entregaban al adúltero en poder del marido para que de él dispusiese; y la facultad de denunciarle no se limitaba, como hoy en todas las legislaciones, al cónyuge injuriado: el Fuero-Juzgo la estendia á los hijos y hasta á los parientes del ofendido, porque á veces, decia la ley, las mujeres, con artificiosos engaños, hacen que sus esposos no acusen el adulterio aunque lo sepan, ni se puedan evadir de amarlas. Incluso el estupro en el adulterio, la ley goda variaba esencialmente

de la romana y de las modernas. Durísimas estas para el hombre, al paso que muy blandas para la mujer, aparentan desconocer que las causas de tal delito se encuentran muy distantes de ser la seducción del delincuente. La esperanza de obtener los derechos que la ley les concede, impele á las doncellas á olvidar sus deberes, esperando que la ley obligue al hombre á la reparacion de su falta. El Fuero-Juzgo comprendió los efectos de prescribir el casamiento entre el estuprador y la estuprada; dejó amplia libertad al hombre, y ordenó terminantemente que si rechazaba el enlace, se culpase ella á sí propia, porque su debilidad fue voluntaria.

Si en las disposiciones legales que hasta aquí llevo descritas se notan muchas calcadas sobre el espíritu romano, las que voy á presentar en seguida pertenecen exclusivamente á la legislación visigoda. Fundadas en las costumbres germanas, traen su origen de los desiertos del Norte, patria primitiva de los Godos; las composiciones, las multas, los crímenes contra la religion, constituyen, por decirlo así, las leyes verdaderamente nacionales. Por otra parte, si en los cinco primeros libros se mezclan con las civiles las instituciones penales, el vi se dedica exclusivamente á estas últimas, y, estableciendo el orden de procedimientos, garantiza los derechos de las personas y de la propiedad. Dejando aquellos para su lugar oportuno, cúpleme tan someramente, como á los límites de mi discurso corresponde, tratar de los atentados de que pueden ser víctimas las personas.

Preséntase en primer término de esta clase el homicidio; y al penarle, es donde descubre mas abiertamente el Fuero-Juzgo su deseo de apreciar la perversidad del agente, mas bien que la lesion material. Con efecto, la ley hace tres distinciones notables, en las veinte y una que tratan de las *muertes de los homines*. El asesinato puede ser causado involuntariamente, con intencion de ejecutar otro hecho, y con la conciencia completa de causar la muerte. En los primitivos tiempos no era la pena capital en ningun caso la aplicada al homicidio; los parientes de la víctima planteaban contra el asesino una persecucion sin tregua, que terminaba con sangre ó con una *composicion*. Civilizados despues los Godos con el continuo trato de los indigenas, abandonaron en este punto sus primeros hábitos y penaron con la muerte el homicidio. No siempre se imponia, sin embargo: á mas de las diferencias que poco antes apuntaba, los requisitos exigidos alejaban la muerte como expiacion de aquel crimen: de todos modos, la ley no se complacia en prodigar suplicios bárbaros y terribles. Debíó repugnar al legislador la adopcion de la ostentosa ejemplaridad desplegada por los Romanos contra el parricidio. La enormidad de este crimen no se desconoce por eso, y la máxima que ninguno como el parricida es mas merecedor de la muerte, da á entender que la sufra en la forma empleada para cualquier otro delito. Comprendidos en esta clase se encuentran igualmente el aborto y el infanticidio. Severas eran las sanciones penales con que se reprimian, pero la ley distinguia cuidado-

samente: si el culpable eran los padres ó un extraño, la muerte se aplicaba á los primeros; al segundo solo en el caso de que, procurando el aborto, hiciese perder la vida á la mujer embarazada. Todo el título iv del libro vi, que consta de once leyes, se dedica, despues del homicidio, á tratar de las heridas y mutilaciones hechas por los ingenuos y por los esclavos. Aquí es donde mas visiblemente resaltan las costumbres peculiares de los Godos: por una estraña combinacion, las tribus guerreras de los bárbaros no tenian en cuenta para nada las ideas de honor y de amor propio que presiden hoy á las ofensas personales. Entre los Godos, el talion era el medio satisfactorio de los daños corporales á otro causados, á no sêr por bofetada, puñada ó golpe en la cabeza, para evitar que la satisfaccion escediera tal vez á la ofensa. Empero semejantes delitos, puramente privados, transigíanse pecuniariamente, y la ley, para impedir la arbitrariedad en su tasacion, fijó una minuciosa tarifa de las multas; todo se hallaba prolijamente justipreciado en el Código; el dar de bofetones, puñetazos, romper las narices, los dientes, herir las orejas, las manos, y, en fin, todos los miembros del cuerpo.

Para completar el cuadro de los delitos contra las personas que reconocia la legislacion del Fuero-Juzgo, necesito hacer algunas ligeras indicaciones sobre las injurias y los atentados contra la seguridad individual. Eran los azotes la pena ordinariamente impuesta á los que denostaban á otro; pero entre estos mismos denuestos habia mas ó menos importancia,

y el castigo se aumentaba á su tenor desde 30 á 50 azotes. La seguridad personal estaba entre los Godos garantida por la ley. Tambien aquel castigo servia de represion generalmente para esta especie de delitos : desde sesenta á doscientos azotes, se aplicaban á los que por mandado ajeno se reunian para herir ó matar á otro. La multa agregábase á esta pena cuando alguno detenia en su casa por fuerza á un ciudadano, ó no le dejaba entrar en ella.

Siguiendo el orden con que me he propuesto bosquejar el sistema penal wisigodo, voy á ocuparme ahora de los delitos contra la propiedad. Desde que el hombre se asocia con sus semejantes, la codicia y la ambicion de estos asedia lo que le pertenece: de aquí nace que el propio instinto impone sancion penal al respeto de los bienes particulares, y mas tarde ese mismo instinto, convertido en ley, viene á reconocerlo y ampararlo. Las penas que el Fuero-Juzgo fulminaba contra los ladrones eran durisimas. Por regla general, el reo de hurto debia pagar nueve veces lo que valia la cosa, si era de un ingénuo, y seis si de esclavo, sufriendo en ambos casos cien azotes. Si no tenia suficientes bienes con qué pagar, era entregado á disposicion del dueño de lo hurtado. Preso un ladron ó cualquiera otro reo por el robado, si alguno lo extraia por fuerza de la prision, debian administrársele cien azotes tendido á presencia del juez.

Los que se apoderasen de una cosa litigiosa, aunque fuesen condes, tenientes ó jueces, y aun particulares, tenian que

devolverla con el duplo y con el triple de su valor, estando el dueño ausente. En las expediciones militares debia respetarse tambien la propiedad, bajo la pena de pagar el cuádruplo ó sufrir ciento cincuenta azotes. Se marcaban las mismas penas para los salteadores de caminos, á mas de las correspondientes si herian ó mataban á los despojados.

El talion y la muerte son los correctivos empleados para espantar el incendio. El primero se aplicaba al hombre libre; el segundo al esclavo, si el señor no queria reparar el daño. La indemnizacion siempre tenia lugar, habiendo términos hábiles.

Aunque estrañas á nuestras costumbres, y sin ninguna relacion con nuestras leyes, no debo pasar en silencio las que estableció el Fuero-Juzgo contra la fuga de los esclavos y sus ocultadores. La desconfianza y las precauciones estremadas para con los siervos eran uno de los caracteres de aquella legislacion. Todas las clases de la sociedad tenian obligacion de coadyuvar al hallazgo de los esclavos fugitivos bajo una estricta responsabilidad. Sin embargo, la ley trata de conciliar los deberes de la hospitalidad precisa al extranjero que viaja, con la necesidad de una severa policia.

Mas á pesar de que el Fuero-Juzgo protege de tal modo la propiedad de los esclavos, tambien les da recomendables garantías. Hasta el reinado de Chindasvinto, los señores podian matar impunemente á sus siervos. Aquel Rey lo prohibió, y mandó que, cuando cometiesen algun delito, fueran entregados al juez; pero nació de nuevo la costumbre de cas-



tigar bárbaramente á los esclavos, hasta que por fin Egica dispuso no se pudiese mutilarlos, so pena de tres años de destierro y de penitencia ante el Obispo.

Réstame, para terminar el conjunto de los delitos y las penas que reconocia la legislacion wisigoda, echar una rápida ojeada sobre los crímenes contra la religion. A esta clase puede referirse la violacion de los sepulcros. Este atentado, que se consideraba á la vez un insulto sacrilego á los herederos del muerto y un ultraje á las creencias sociales, era severísimamente reprimido. Ingenuo el culpable, debia pagar una libra de oro á los herederos, y restituir lo estraido. Careciendo de herederos el difunto, la multa era á favor del fisco, y el reo recibia cien azotes. Un verdadero abismo, mas bien que una simple linea divisoria, separaba en esta materia al esclavo del libre; siendo uno de aquellos violador de sepulturas, la pena no encontraba limites; sufria doscientos azotes, y despues se le arrojaba á las llamas.

Pero lo que en asuntos religiosos merece fijar mas la consideracion, es la durísima y sanguinaria intolerancia de los Godos hácia los judíos. Rigor tan injustificable contra una raza que nunca halló un palmo de terreno donde gozar del reposo, fue provocado sin duda por la reaccion de los católicos contra los aliados de sus opresores. Los Hebreos sirvieron de instrumento de la tiranía arriana contra los Hispano-romanos, del mismo modo que apoyaron la opresion musulmana contra los Españoles durante los siglos medios.

Los judíos, que, á costa de los mas colosales sacrificios, lograron detener el golpe que les amenazaba en tiempo de Recaredo, no pudieron evitarlo bajo el reinado de Sisebuto. Mas de 90,000 Hebreos, si hemos de creer á los autores, fueron obligados á recibir el bautismo. Los que rechazaron la conversion sufrieron el destierro, la confiscacion, los azotes y hasta la muerte. Con semejantes antecedentes, no podian menos de ser sangrientas las penas marcadas para los judíos en el Fuero-Juzgo. A mas de no gozar de ninguno de los derechos civiles, se les prohibió celebrar todas sus ceremonias, y la muerte mas cruel era la espiacion ordinaria para aquella raza infortunada. El mismo clero reclamó contra tamaños horrores. San Isidoro vitupera el sangriento celo de Sisebuto, y posteriormente los padres del sexto concilio de Toledo prohíben usar de la violencia en la abjuracion hebráica. Por fin las leyes nuevas contra los judíos, con que termina el libro del Fuero-Juzgo, amenguaron el rigor de las anteriores, prohibiendo desde luego imponerles la última pena; y si aun conservan las ridiculas creencias en las antiguas disposiciones adoptadas, consuelan al menos las palabras que emplean para rechazar la primitiva dureza.

Para terminar este bosquejo de la legislacion penal goda, incúmbeme hacer algunas, aunque muy ligeras, observaciones sobre una de las mas interesantes partes de la jurisprudencia criminal: la actuacion. Un Código universal que, como el Fuero-Juzgo, se dió para toda una nacion, debia en-

cerrar en sus libros disposiciones que arreglasen el procedimiento. La consideracion de privados que la venganza daba á la mayor parte de los crímenes, preside á las acusaciones en su mismo espíritu que excluía toda idea de sociedad y de orden público. Nadie podía acusar á otro de superior clase; y cuando de los grandes se trataba, el acusador debía prestar fianza. El tormento, usado como medio de prueba, es un verdadero lunar de la codificacion goda; pero la idea que se formó en aquel tiempo de esta institucion para descubrir los delitos no permitia que de ella se prescindiese en una completa coleccion de leyes generales. Así y todo, merece alabanza el Fuero-Juzgo, porque, separándose de su original, la ley romana, dificultaba y ponía tales trabas á la tortura, que su aplicacion era afortunadamente rara. En primer lugar, el tormento solo es admisible á falta de toda otra prueba, y si el acusado resulta inocente, el acusador es reducido á esclavitud. El reo ha de ser atormentado ante el juez, de modo que no sufra mutilacion en sus miembros, y no en uno, sino en tres dias. Por último, muriendo el reo en la tortura, por culpa ó negligencia del juez, este debe ser entregado á los parientes del muerto.

Aunque de origen germano, no adoptaron los Godos en su Código las pruebas denominadas vulgares, escepto la del agua hirviendo, ni los juicios llamados de Dios, oprobio de la humanidad. En esta parte, mas que en otra alguna de la legislacion española, es donde se echa de ver la activa influen-

cia del clero: su ilustracion, superior en mucho á las luces de aquellos siglos, no podia menos de desechar vanos simulacros, en que, mas que la virtud, se descubria el charlatanismo.

Este mismo espíritu se revela en la organizacion judicial. Los Obispos vigilaban la ejecucion de las sentencias de los jueces, y las suplian ó enmendaban mediante apelacion de la parte. Muy duras eran las penas impuestas á los que administraban justicia. Los jueces omisos ó infractores de su cargo pagaban al fisco tres libras de oro, y, no teniéndolas, sufrían cien azotes, sin infamia de su dignidad. Merecen estudiarse las garantías otorgadas á la inocencia: el juez que condena á muerte á un inocente, debe perecer tambien. El asilo eclesiástico estaba adoptado por el Fuero-Juzgo, aunque su estension no era, por cierto, tan ilimitada como en épocas muy posteriores; y si bien concedia al criminal una inmunidad respetada, no dejaba impunes tampoco tantos crímenes, cual llegó á verificarse despues, impidiendo la ejecucion de la justicia civil.

No debo pasar en silencio dos grandes máximas de aquella remota legislacion, que por sí solas bastarian para enaltecer la compilacion que las encierra: quiero hablar del indulto, y de la intransmisibilidad de la pena. El Fuero-Juzgo da cabida en una de sus leyes á aquella preciosa prerogativa de la majestad real, complaciéndose los príncipes en que les rueguen la clemencia. El derecho de gracia no se estendia, sin embargo, á toda clase de delitos; estaban esceptuados los de traicion, aun-

que entonces el Rey tenia facultad de perdonar la vida. Máxima fundamental era asimismo que las penas no se trasmitiesen á los hijos: si el crimen no se hereda, tampoco debe heredarse el castigo. Muchas legislaciones modernas no estuvieron en este punto tan racionales como la gótica.

Hé terminado, Excmo. Sr., la reseña de la legislacion penal española durante la dominacion goda. Como manifestaba en un principio, no debe buscarse en ella los fundamentos de la ciencia, adoptados hoy universalmente en Europa. Sin embargo, los bárbaros á quienes cupo en suerte fundar nuestra gloriosa monarquía, marcharon á la cabeza de la civilizacion de aquellos tiempos en que comenzaban á establecerse las modernas nacionalidades sobre los esparcidos restos del imperio. El Fuero-Juzgo fue el primer Código que destruyó la linea divisoria entre las razas, como un efecto saludable de la unidad de religion: y si en él hay defectos notables, delitos que hoy desconocemos y penas duras é impropias escesivamente prodigadas, cúlpese á los tiempos y las circunstancias, cuyo indeleble sello caracteriza todas las obras humanas. Los que tan amargamente han criticado en los siglos sucesivos las primeras leyes universales que se dió España, no han sabido despojarse, al estudiarlas, de sus ideas innovadoras y de sus arraigadas preocupaciones. De otro modo, nadie hubiera osado exigir de la compilacion wisigoda lo que solo es dado alcanzar despues de muchos años de esperiencia.



